

# El alma de la conversación

Hugo Oscar Ambrosi

Durante estos últimos meses he compartido algunos textos en los cuales intenté describir lo que a mi entender es la conversación. Así se fueron desgranando algunas ideas como el símil que el ejercicio de la conversación tiene con el desarrollo y entrenamiento de un músculo, o en otro momento el parecido aplicado fue con el sistema operativo que habilita la computadora para que las partes del hardware pueden funcionar armónicamente. Después fue el reconocimiento de que en la conversación la mente se coloca en un estado especial que podría llamarse el modo aprender. Por el interés, la curiosidad y el respeto por el otro, que en el curso de la conversación adquiere muchas veces el carácter de maestro.

También señala que es habitual encontrar una interpretación que supone inevitable la existencia de un propósito, de una finalidad, para que se desarrolle una conversación.

Mientras por otro lado la conversación se reconoce como un acto esencial de la vida social, como el vínculo entre los individuos que permite desarrollar un pensamiento, una inteligencia colectiva.

Durante la trayectoria recorrida, se ha repetido reiteradamente la necesidad de que entre los conversadores se tiendan lazos de empatía. Esa misteriosa cualidad que permite el acercamiento entre las personas, mediante la escucha mutua, que a su vez lleva a ponerse en el lugar del otro, ponerse en los zapatos del otro, salir de los estrechos límites del sí mismo y cruzarse al espacio más amplio del nosotros.

Pero, ¿qué es la empatía entonces? ¿Qué es ese acercarse al prójimo de manera atenta y afectuosa, interesada en lo que piensa y en lo que siente, sino una expresión de la amalgama fraternal entre los hombres, que suelen turbarse cuando la nombran: el amor.

Pero la vida es compleja, las circunstancias no siempre son propicias, las tensiones y preocupaciones suelen postergar los afectos, pero siempre y en todo momento, la gente tiene que seguir conversando.

Es en esos puntos de quiebre y de dificultad que es necesario recurrir a la razón y a la voluntad. Deben convertirse en reglas y principios que, por su naturaleza, los sentimientos resuelven en muchos casos. Y esos principios y reglas se sintetizan en una ley, que permanece a través de los tiempos y de las culturas.

La regla de oro de la ética, es la que guía la conducta por el principio de no hacer a otros lo que no queremos que se nos haga. Es decir, si no sentimos una espontánea empatía, si naturalmente el afecto no predispone a la escucha

y a la comprensión, debe ser la voluntad la que mantenga el rumbo y produzca las acciones necesarias para que la conversación transcurra fluida y amigablemente.

Amigablemente quiere decir en tono de amistad, lo cual nos lleva al punto. Conversar siempre debe interpretarse como un acto de amistad. Los que conversan deben mirarse y verse como amigos, no iguales tal vez, con diferencias es muy posible, pero unidos por el vínculo invisible de amistad que los une.

Sobre esa trama esencial se apoyarán los temas, los propósitos, las necesidades, que la conversación debe atender.

Establecida la vigencia del principio moral se desprenden de él, naturalmente, consejos y protocolos generales que constituyen el enfoque metodológico, la difusión de buenas prácticas que ayuden al ejercicio de una conversación confortable y eficaz.

Pero esos recursos nunca agotaran la diversidad de situaciones, de momentos, de caracteres, que se pueden encontrar en el desarrollo de una conversación. En esas circunstancias se podrá disponer siempre del recurso al principio general, la regla dorada, de no hacer mal a nadie, de no hacer al otro lo que no queremos que nos hagan a nosotros. Y equipados con ese poderoso recurso las conversaciones entre la gente más diversa sobre los temas más variados se podrán desarrollar siempre dentro de un marco de afectuosa amistad que es el "alma de la conversación".